

I

Manny estaba nervioso mientras esperaba que lo admitieran a la reunión al otro lado de la puerta cerrada. Manny Cohen siempre se había considerado un buen publicista, al menos hasta que ofreció sus servicios en esta ciudad. Los casinos de Reno tenían las manos de Las Vegas agarrándoles por el cuello y las flechas indias apuntándoles al corazón; solo los idiotas del santuario interior de la sala de reuniones no se daban cuenta. Estaban dispuestos a gastarse cien millones de dólares (dinero prestado, por supuesto) en un nuevo casino.

Necesitaban un tema. Manny proponía el nombre «Belén» en la portada de su informe. El subtítulo «Miedo, asco y aprendizaje en Reno» fusionaba y parafraseaba los títulos de los dos libros sobre Las Vegas, de Robert Venturi y Hunter S. Thompson, que llevaba en el maletín.

Dos semanas en el sur de Nevada le habían dado más estreñimiento creativo que inspiración. Pirámides y barcos piratas, Nueva York y Venecia implosionadas en caricaturas de sí mismas, la Riviera Francesa, barcos fluviales sin mosquitos, los interminables circos y peleas de pressing catch, el símbolo fálico más alto al oeste del Mississippi con su atracción «Big Dick». Manny miró por la ventana y vio las cúpulas gemelas sobre el Silver Legacy y el Estadio Nacional de Bolos, y reflexionó: «Al menos este lugar tiene las pelotas más grandes. ¡Bolos, hay que joderse!». Y también carreras: de globos, aviones, coches, bicicletas, camellos; el rodeo y los concursos de chili y costillas (todos «campeonatos nacionales», sin duda). ¿Qué quería ser Reno de mayor?

Tal vez esto.

«Si tiro este trabajo por la borda, mi próximo destino podría ser Newark», suspiró.

Casi echaba de menos su aburrido trabajo anterior en la empresa que fabricaba patatas fritas en South Bend. Manny hojeó el informe, que de repente le pareció flojo y absurdo. El Casino Belén, repleto de Reyes Magos animados, ovejas y vacas vivas, y un espectáculo del nacimiento de Cristo tres veces al día. Navidad los 365 días del año: ¡un deleite para el consumidor! Piense en las posibilidades de la tienda de regalos. Luego estaba la segunda fase: simulacros de crucifixiones y decapitaciones de baptistas, resurrecciones, asunciones y ascensiones. Manny se preguntaba, nervioso, si habría algún resentido ayatolá cristiano acechando por ahí, que podría vengarse de un tipo que solo intentaba ganarse unas perras. Sabía que sus visiones siempre eran de una índole grandilocuente. ¿Sería todo esto un gran bajón para sus clientes?

«No», pensó. «Nevada está preparada. Los Estados Unidos de los cojones está preparado.»

Sonó el teléfono, pero la cabeza parlante preprogramada detrás de la placa que proclamaba «Priscilla, secretaria ejecutiva», ignoró esta llamada también. Gracias a su afición por los juegos de palabras, Manny la bautizó «Godzilla».

Se quedó mirando a la guardiana de rostro impassible y voz severa, cuyo propósito en la vida consistía en proteger a Fitzsimmons del mundo. Las diez llamadas de Manny desde Las Vegas al jefe de Priscilla solo le habían aportado música ambiental, probablemente mientras ella se cortaba las uñas antes de informarle de que Fitzsimmons no estaba disponible. El timbre interrumpió sus pensamientos.

—La junta lo recibirá ahora, Sr. Cohen.

—¡Jesusín de mi vida, llegó la hora del espectáculo! —exclamó Manny con voz ronca—. Ah, y también María y José.

Una Priscilla confundida siguió con la mirada al hombre que pasó por la puerta al santuario interior.

—Sr. Clinton, aquí tiene sus libros de vuelta. Los he disfrutado mucho —mintió Manny. La obra del arquitecto Venturi, *Aprendien-*

do de Las Vegas, le había parecido un rollo. La novela de Hunter S. Thompson, *Miedo y asco en Las Vegas*, era más bien una crítica de Estados Unidos vista a través de la distorsión psicodélica de la hiperrealidad de Las Vegas; era sin duda una lectura más agradable, pero se le escapaba la posible relevancia para la tarea que tenía entre manos. Daba igual, había leído los dos libros pensando que cuando tu jefe te manda tarea, la haces. Podría haber un examen.

* * *

Una vez más, Jeremy Clinton se había topado consigo mismo al doblar la esquina. Estaba sentado solo en la oscurecida sala de juntas, tratando de bajar la tensión emocional generada por la acalorada discusión. No se consideraba un mentiroso.

«Solo embellezco las cosas un poco», pensó.

Ahí estaba la carrera de *touchdown* de noventa y siete yardas que dio a su equipo de fútbol americano del instituto un campeonato estatal y que, según lo volvía a contar a lo largo de los años, se convirtió en un acto heroico propio, no en el de Cliff. Le ardían las mejillas al recordar la vez que hizo un *eagle* en el séptimo hoyo, par cuatro, del Lazy Creek Country Club de Reno mientras jugaba una ronda en solitario. Después, en el bar, afirmó que había hecho un hoyo en uno en el sexto, par tres. ¿Cómo iba a saber que ese maldito periodista del *Gazette-Journal* lo publicaría en el periódico? Desde entonces, él era el tipo que había embocado el tiro del que todos querían hablar. El purgatorio se presenta de muchas maneras.

Tras la absurda presentación del proyecto del Hotel-Casino Belén, la junta había centrado su atención en el «juego extranjero», es decir, en cualquier lugar fuera de Nevada. Jeremy era gerente general del Hotel-Casino Starlight, con una participación del dos por ciento de las acciones, y acababa de tener un enfrentamiento con James Fitzsimmons, fundador, presidente de la junta y accionista mayoritario de la empresa. Además, era descendiente de una de las familias pioneras del juego en el estado. Arkansas estaba planteán-

dose la legalización y el Starlight tenía una opción secreta para una localización de casino de primera en Little Rock. Pero la oposición crecía en las encuestas y se rumoreaba que el gobernador estaba a punto de posicionarse en contra del juego.

—Jerry, simplemente no entiendo por qué no puedes llamar a tu primo y pedirle que esgrima su influencia en el gobierno —había opinado el viejo Fitzsimmons.

—No es tan sencillo, señor. Uno no puede decirle al presidente de Estados Unidos que necesita ese tipo de favor. Tiene otras cosas mucho más importantes que hacer. Está ocupado gobernando el país, por no hablar de presentarse a la reelección.

—Hasta yo podría ganarle a Dole. A ver, ¿para qué están los parientes si no se les puede sacar algo de vez en cuando? Usted es su primo, ¿no? ¿Va a llamarle o no?

—Claro. Lo haré, pero no espere gran cosa.

—¿No? ¿Quizá nos hemos equivocado de gerente general!

Jerry reflexionó en la penumbra del anochecer, con el rostro teñido ora de rojo, ora de azul por el parpadeo de los destellos de neón del letrero exterior del Starlight. «¿Por qué demonios dije hace diez años que era pariente de ese maldito gobernador de Arkansas? En aquel momento, me había parecido una mentira piadosa, un pequeño argumento para la fama para alguien que cargaba con la monótona vida de un jefe de la sala de juego. ¿Y ahora qué?»

—Mierda.

* * *

James Fitzsimmons Kennedy convocó a su hijo, James Fitzsimmons Kennedy Jr., padre de James Fitzsimmons Kennedy III, a su despacho ejecutivo. Todos usaban el primero de sus dos apellidos. En el lenguaje familiar, el patriarca era James, su hijo, Jimmy, y su nieto, JFK.

—Sabes, Jimmy, la gente cree que somos intocables. ¿Cómo se puede perder siendo dueños de un casino? Es la típica licencia para